

**VIII ANIVERSARIO DE LA BENDICIÓN ABACIAL**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**13 de agosto de 2008**  
**Ez 9, 1-7. 10. 18-22; Mt 18, 15-20**

El profeta Ezequiel, en la primera lectura, narra una visión de las más dramáticas de la Primera Alianza: la salida de *la gloria de Dios* del templo y de la ciudad de Jerusalén. Simbólicamente manifiesta que Dios dejaba de estar en medio de su pueblo a causa de su continuada infidelidad que se traducían en un culto vacío y en una práctica sistemática de la injusticia por parte de los dirigentes y de la mayoría del pueblo. A pesar de la gravedad de esta manera divina de proceder descrita por Ezequiel, no es un abandono para siempre. El profeta, hacia el final de su libro, anuncia que *la gloria de Dios* volverá en medio de su pueblo (cf. Ez 43, 1-12). Porque Dios es paciente y ama demasiado para desentenderse de su proyecto dinámico de salvación. El fragmento de hoy es un llamamiento dramático a la conversión, y a tener presente que vivir según Dios hace bien a la persona humana y a la sociedad.

Dios ama a los pobres, a los que sufren, a los que son tratados injustamente. Por eso, si el texto del profeta constituye una condena a los que obraban el mal, es también un momento de salvación para los que son *aflicidos* a causa de las *abominaciones* que se cometían en lo que habría tenido que ser el lugar más santo y más justo de toda la tierra a causa de la presencia de *la gloria de Dios* en el templo de Jerusalén. Y como es un momento de salvación, Dios hace marcar *la frente* de los que han sufrido, como señal eficaz de liberación.

Para la tradición cristiana, *la gloria de Dios* volvió al templo de Jerusalén cuando Jesús fue *presentado al Señor* como *hijo primogénito* (cf. Lc 2, 22-23). Se trata, sin embargo, de un retorno simbólico, provisional. Porque, en adelante, *la gloria de Dios* se encontrará allí donde esté Jesús. Su cuerpo es el nuevo templo. En Jesús, *la gloria de Dios* transita por los caminos empolvados de Palestina, se manifiesta en la simplicidad de la convivencia con los discípulos, se hace solidaria con los pobres y excluidos, ofrece el perdón y la pacificación del corazón, lleva la salvación a los desvalidos. *La gloria de Dios* se manifiesta sobre todo en la cruz, cuando del costado abierto de Jesús *brotó sangre y agua* (Jn 19, 34) dando cumplimiento a la profecía de Ezequiel según la cual del lado derecho del templo brotaría una fuente que llevaría vida en abundancia (Ez 47, 1-12); por eso al morir Jesús *el velo del templo se rasgó de arriba abajo* (Mt 27, 51) porque el acceso a *la gloria* y a la santidad de Dios quedaba abierto a todas las personas de buena voluntad.

Desde entonces, *la gloria* y la santidad de Dios están presentes donde está Jesucristo que actúa por medio de su Palabra y de sus sacramentos; está presente, también, *cuando hay dos o tres reunidos en su nombre* –en Iglesia– para rezar, para vivir el amor fraterno, para perdonar, para servir; *la gloria de Dios* está presente por todas partes donde haya un corazón generoso; está presente en los pobres, los enfermos, los que sufren, en los que son víctimas de la violencia y de la injusticia.

En la Nueva Alianza inaugurada y sellada por Jesucristo, también nos ha sido dado un distintivo en *la frente* como signo de salvación: la señal de la cruz recibida en el bautismo y renovada cada día, inseparablemente unida a la unción del Espíritu recibida en la confirmación. No es una señal mágica, un talismán que libera de toda desdicha ... ¡Cómo podría ser así, si la cruz es el ara del sacrificio cruento de Jesús! Recibir o hacer la señal de la cruz es ponerse bajo la fuerza salvadora del Cristo muerto y resucitado que, por el Espíritu Santo, nos llama a ser eternamente vencedores con él. Hacer la señal de la cruz es, también, renovar la conciencia de que

hay que vivir con la misma actitud de donación que vivió a Jesús llevado por el Espíritu. Hacer la señal de la cruz es, pues, un llamamiento a la fe y a traducirla en la propia vida.

En Jesucristo, *la gloria de Dios* ha quedado definitivamente comprometida con la humanidad. *Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo único* (Jn 3, 16). No hay realidades humanas donde de una manera u otra no se haga presente. Aunque en nuestro mundo haya, como en el de Ezequiel, personas que hacen el mal, que actúan con violencia y que persiguen a los inocentes, gente que no respeta la vida y la persona de los otros en las diversas etapas de su desarrollo, Dios no deja de actuar, normalmente desde la discreción, desde una debilidad eficaz, como lo hizo Jesús. Y al final de la historia saldrá victorioso sobre el mal del mundo y reivindicará el sufrimiento de los inocentes para que quede bien claro que "la gloria de Dios es - también-- el hombre viviente" (S. Ireneo).

Mientras, en medio de la lucha incesante entre el bien y el mal que se da tanto en nuestro interior personal como en tantos ámbitos de la sociedad por todo el mundo, nosotros, los cristianos, que hemos contemplado en la fe la *gloria* del Hijo de Dios (cf. Jn 1, 14) porque hemos sido *iluminados con su conocimiento* (cf. 2Cor 4, 6), tenemos que reflejar esta *gloria del Señor* (cf. 2Cor 3, 18), así como el poder de la cruz, con la cual hemos sido marcados en el Espíritu. Lo tenemos que hacer siendo testigos del Evangelio, promotores de justicia y de paz, de reconciliación y de superación de todo tipo de mal.

Es un programa que no es nada fácil, que pide compromiso y abnegación. Pero vale la pena para encontrar el sentido y el valor de cada persona, el sentido y el valor de la historia. Los cristianos hemos de testimoniar dónde se encuentra el camino de la felicidad y de la realización personal plena; tenemos que dar a conocer la luz y la verdad que pueden guiar y liberar a las personas. Sobre todo, cuando constatamos que hay tantos poderes políticos, económicos o mediáticos que quieren disponer según sus intereses de las mentes y de los corazones de los ciudadanos. La memoria de los mártires Ponciano e Hipólito que hoy celebramos nos anima al testimonio y nos asegura su ayuda intercesora, partícipes como son de la victoria definitiva de Jesucristo.

*La gloria de Dios* se hará ahora presente en medio de nosotros en la pequeñez de las especies sacramentales, pero con toda su plenitud de vida. Por eso nos dispondremos a acogerla en el inicio de la plegaria eucarística con el canto de los *querubines* (cf. Is 6, 3) que adoran la triple santidad de Dios que manifiesta su *gloria*.